

do su rifle del carcax—y lo que es *ese* puede darse por muerto luego que se ponga á tiro.

—Siempre *despacharemos* media docena de negros cuando menos que irán á revivir á su tierra,—replicó Jiménez—y esos llevaremos de ventaja cuando nos toque caer. En guardia pues, y veamos lo que sucede.

Se apretaron la mano, y atravesando sus caballos sobre el terreno, se prepararon á recibir á los contrarios, no sin notarse que estaban conmovidos.

El lance no era, ó parecía no serlo, para menos. Una muerte segura en perspectiva.

XXII

El ginete avanzaba lentamente, y empinándose sobre los estribos, parecía que trataba de explorar el río, lo que no era posible por hallarse el camino más bajo que el cantil: por lo demás, no daba indicios de haber visto á los dos amigos aunque ya se encontraba á tiro de fusil. X....., con mano firme, le apuntaba, sirviéndole de mampuesto la silla de su caballo, cuando Jiménez, que no quitaba la vista del que parecía un egipcio detuvo el movimiento del rifle al bajarlo X..... para asegurar el tiro.

X..... se volvió sorprendido hacia él.

—¿Qué sucede?—le preguntó medio amostazado.

—Que no es egipcio—respondió Jiménez—y viene solo: mejor hagámoslo nuestro prisionero.

X..... bajó el arma, puso el gatillo en el seguro, y echó mano á la pistola, lo cual había hecho ya Jiménez.

—¿Quién vive!—gritó éste con formidable acento, saliendo enteramente al camino, y apuntando al ginete.

—¡República! ¡Acula!—contestó el ginete, deteniendo su caballo.

—¡Es Carbajal!—exclamaron al mismo tiempo X..... y Jiménez.

—¡Es el Comandante militar de Acula!

Y corrieron á su encuentro dejando los caballos al cuidado del indio que todavía estaba más muerto que vivo.

El ginete, que había echado mano de su fusil al ser sorprendido por la pregunta de Jiménez, volvió el arma á su puesto, y echando pie á tierra ligeramente, se acercó lanzando una sonora carcajada.

—¡Buen susto me han dado, *caray!*—exclamó dando tregua á su risa.

—¡Pues á fe que á nosotros!—contestaron aquellos, riendo á su vez.—Pero nadie tiene la culpa más que este pendurria, —agregó X..... designando al pobre indio—que nos sorprendió con su presencia y con su espanto, señalando á vd. como á un egipcio; y como en esos momentos varaba la cañonera, y aun se oían los pasos del enemigo, la verdad, creímos que vd. era uno de ellos.

—Pues en poco ha estado que vdes., lo mismo que yo, fuéramos víctimas de esos *monos*: yo venía á dar aviso al Señor General, y tuve la necesidad de estarme escondido porque me venían cortando: toda la fortuna fué que luego que varó la corbeta, y á un *pitazo* dado á bordo, todos bajaron al río para reembarcarse. Esos pendurrias,—prosiguió con marcado tono de desprecio— no saben marchar por tierra, si no los van cuidando los cañones de *ese maldito tuerto*, que el diablo se ha de llevar.

* * *

Permítaseme una ligera digresión antes de continuar este “recuerdo.”

El *tuerto*, según he dicho ya, era como llamaban en Alvarado al Comandante de la escuadrilla francesa: se hizo odio-

so en aquella población, y lo mismo pasó donde quiera que fué con sus buques, como sucedió en Minatitlán, debido á su carácter grosero é insolente y á sus instintos crueles, feroces y sanguinarios.

Sólo nuestro antiguo conocido el Doctor americano John Scamon, á quien hemos perdido de vista ya, y el cual, como se recordará, permaneció en Alvarado cuando lo desocuparon nuestras fuerzas, pudo escapar á su zaña, debido al respeto á su nacionalidad, no obstante haberse burlado de él.

Scamon, durante los pocos días que estuvo allí, no se cuidaba de emitir públicamente su opinión respecto de los acontecimientos políticos que se sucedían en el país, condenando siempre la conducta de las naciones coligadas contra México, y con particularidad la de la Francia, á partir de los Tratados de la Soledad. Sobre todo, censuraba el poco tino que tenían las llamadas autoridades, *intrusas*, como él decía, para escoger los hombres de que se servían.

De todo esto tuvo conocimiento el Jefe francés, y libró orden para que el americano se le presentara á bordo de su corbeta.

El Doctor acudió al llamamiento, y en malísimo español tuvo lugar entre ambos el siguiente diálogo que es casi textual:

—Vd. se permite, señor, hablar mal de la expedición,—dijo el *tuerto*, mal comprimiendo su ira—cuando nosotros hemos venido á este país, tan bello y digno de mejor suerte, para regenerarlo, ¿comprende vd? Porque los hombres todos que representan al Gobierno de Juárez son inmorales, viciosos, ignorantes y malvados, y el Emperador—descubriéndose al pronunciar la palabra—el gran Emperador—continuó casi arrastrándola por la cubierta—quiere que bajo la bandera de Francia el pueblo mexicano sea grande y honorable. ¿Comprende vd?

—Sí, señor,—contestó el norteamericano con afectada convicción—y ahora confieso que no tengo razón, después de las

palabras tan bonitas que vd. me ha dicho. Ahora me explico por qué quita vd. á D. Pepe Ruiz que es un excelente *gentleman* y pone en su lugar á un tal Castellanos que, al decir de todos, es un excelente bribón; y en lugar de Gastañaga que bebe muchas copas al día, se confiere el mando de las armas á Cerezo, que es un borracho asqueroso y nauseabundo..... ¡Ah!—continuó Scamon antes que el francés lo interrumpiera.—¡Qué gran regeneración!

Y el americano inclinó la cabeza.

—¡Señor!—rugió el Comandante, rojo de ira como un cangrejo.—Si vd. pretende burlarse, sépase que si al Emperador Napoleon III le da la gana, hará que cuatro mil zuavos vayan á pasearse, con el arma al brazo, por todo el territorio americano.....

—Ya lo creo—interrumpió aquél con el aire de la más profunda convicción.—Como vd. puede ver por el uniforme que visto, soy Médico-cirujano del ejército del Norte, y por lo mismo conozco mucho á mi país, y puedo decirle que allí se goza de tal libertad, que no digo cuatro mil zuavos, sino hasta diez mil y los Cazadores de Africa además, pueden pasearse por toda la nación sin que nadie los moleste para nada.... pero. eso sí, quietecitos: en cuanto hagan mucha bulla ó cometan algún desorden, ó molesten al vecindario, el sherif, con la policía, los mete á toditos en la cárcel.....

El francés lanzó una especie de mugido al escuchar la andanada: comenzó á pasearse á grandes pasos, y luego, parándose de repente y mirando fijamente al americano:

—¡Va vd. á salir inmediatamente de aquí, y dentro de media hora abandonará el territorio de mi mando! ¡Sale vd. desterrado!—le dijo con tono amenazador.—¡Vd. se marcha con sus amigos!

—All right!—contestó el americano á tiempo de tomar la escala para embarcarse en la canoa que lo condujo á tierra.¹

¹ Este episodio, que fué referido por el mismo Doctor á su llegada á nuestro campo de Salta Barrancas, donde fué dado de alta, lo confirmó más tarde,

Prosigamos nuestro relato principal.

Los tres amigos volvieron á montar, y durante el camino Carbajal les refirió con mayores y completos detalles lo ocurrido en el campamento de San Jerónimo, lo cual referiré á su vez. Rióse del equívoco, tomándolo por egipcio, y explicó la causa de tal equivocación manifestando que, como la sección de vanguardia se componía de guardias nacionales de diversas procedencias, á excepción del 2º Activo que tenía uniforme de brin, los demás soldados se confundían entre sí, pues todos vestían de paisano. Que el Coronel Gómez, tanto para distinguir unos de otros, como para mejor organizar el servicio, había dispuesto que cada agrupación usara un color distintivo en el sombrero; y así los de Tlacotalpam usaban una faja blanca, azul los de Cosamaloápam, verde los de San Jerónimo y rancherías anexas, y que él, Carbajal, con los suyos, había adoptado el rojo, habiéndole ocurrido, para darse á conocer de sus subordinados, recortar el ala de su sombrero de paja, dejándole una especie de visera y cubriendo tanto ésta como la copa con *lacre*, lo cual hacía que apareciera como un casquete egipcio. Como su color era densamente cobrizo, con semejante atavío bien podía confundirsele en un momento de sorpresa, por un enemigo, tanto más, cuanto que por estar los caminos enfangados se había arremangado los pantalones y calzoncillos, quedando enteramente al descubierto sus piernas, cuyo color obscuro, desde lejos completaba el engaño.

En estas explicaciones llegaron á Amatlán, donde Jiménez y X..... eran esperados con ansia para saber á punto fijo lo que pasaba.

en la época del General García, D. José Antonio Ruiz, quien por entonces residía en un rancho de su propiedad á inmediaciones de Alvarado. Fué tema obligado de todas las conversaciones durante muchos días, admirándose algunos de que no la hubiera pasado peor el audaz Doctor.

—La cañonera se ha varado en Zopelicán, y los egipcios se han reembarcado: por hoy no habrá nada—dijo X al Secretario de Gobierno en voz bastante alta para que lo oyeran cuantos allí se encontraban.—El Señor Comandante y yo lo hemos presenciado todo.

La noticia cundió con rapidez, la tranquilidad se fué restableciendo por momentos, y algunos curiosos se arriesgaron entonces á ir á ver la cañonera.

El Secretario dió parte por escrito al General en Jefe que ya se encontraba en Cosamaloápam, recibiendo al mismo tiempo los que le rindieron el Comandante militar y su Ayudante, presentándose luego D. Emeterio Ruiz, á nombre del mismo General para ratificar los hechos. Tres horas más tarde arribó el mencionado Jefe seguido del resto de su Estado Mayor y de cincuenta hombres de infantería de Tesechacán.

La noche se pasó sin novedad pero sin que nadie durmiera: se estableció una extensa línea de centinelas á lo largo de la ribera, y los oficiales hicieron el servicio de vigilancia en el camino. Hacia la madrugada divisóse confusamente á lo lejos un bote que parecía reconocer la profundidad del río; diósele el ¡quién vive! por el centinela más avanzado, y retrocedió violentamente.

La cañonera continuaba varada; pero se sabía por los conocedores del terreno que era muy fácil ponerla á flote, y se creyó que proseguiría su marcha una vez superado el obstáculo que la detenía.

XXIII

Efectivamente: si alguna duda hubiera podido haber respecto de la situación poco crítica de la corbeta francesa, se habría desvanecido al siguiente día, puesto que entre seis y siete de la mañana comenzó á verse, avanzando la columna de espeso y negro humo que marcaba su marcha río arriba.

El General en Jefe dispuso que en el acto se diera aviso al

Comandante militar de Cosamaloápam, y al efecto envió al Capitán X..... con instrucciones para éste y para el Teniente Coronel García Terán.

El Capitán, seguido de su asistente, salió inmediatamente, y á pesar de un fuerte aguacero que en aquellos momentos comenzó á inundar los caminos, hacía correr su caballo atendido á que la cañonera sólo podía tardar un par de horas para llegar, y él apenas podría hacerlo con una anticipación de treinta y cinco á cuarenta minutos á lo más.

El mismo General se retiró de Amatlán con la fuerza bastante exigua de que podía disponer, reforzada durante la noche con la 2ª compañía del batallón "Sierra Juárez," situándose á la salidad el pueblo, emboscada la tropa, por si la infantería egipcia hacía algún desembarco para proseguir su marcha por tierra.

No fué así: la cañonera, al pasar frente á Amatlán, moderó sensiblemente su marcha, cual si tratara su Comandante de observar la actitud de sus habitantes; y luego volvió á avanzar con la misma rapidez que antes, no sin haber denunciado la presencia de un *práctico*, mexicano, que iba de guía, y el cual, bien conocido por desgracia, quedó ya marcado con el estigma de traidor, y sentenciado, por decirlo así, á muerte.

El Capitán X..... llegó á Cosamaloápam con toda oportunidad para comunicar las órdenes é instrucciones de que era portador, reducidas en concreto á lo siguiente: Que no se expusiera á la población inútilmente á un cañoneo que sería fatal, hostilizando á la gente que llevara la cañonera, en tanto que ésta permaneciera á bordo: que si el Jefe de la expedición pedía parlamento, se lo concediera, debiendo ser él quien bajara á la plaza enteramente solo: que toda proposición que tendiera á infamar el buen nombre de los costeños, fuera rechazada enérgica y terminantemente: que las tropas se cubrieran á distancia del río, en el caserío, según lo estimaran conveniente los jefes del punto, para defenderlo si la infantería enemiga desembarcaba, procurando arrojarla por

el camino del palmar hacia Amatlán; y por último, que si el Jefe de la expedición amenazaba bombardear la villa, sin intentar el desembarco, las autoridades y tropas se retiraran hacia el Cuartel general, haciendo responsable al Jefe invasor de las desgracias que pudieran ocurrir en una población que no hacía resistencia, y que quedaba inerme é indefensa.

En consecuencia de esto, el Teniente Coronel Terán estableció su tropa á espaldas de la iglesia parroquial, cuya situación le permitía batir al enemigo de flanco en caso de un desembarco y aproximación á la plaza principal; y el Comandante militar con el Capitán Banderas, el personal de la Comandancia y cien hombres de Chacaltianguis, del mismo Cosamaloápam, Ixmatalahuacán y otros Municipios, ocupó los corredores de las casas sitas en la misma plaza para abrir sus fuegos al frente y retaguardia, á fin de arrojar al enemigo tal como estaba dispuesto.

Pero nada de esto aconteció.

Cuando la cañonera hubo llegado á eso de las diez de la mañana, pidió parlamento, y el Comandante de ella obtuvo permiso para bajar á tierra, siendo recibido cortesmente por el Comandante militar, á gran distancia del lugar donde se encontraban las tropas: su llegada se redujo á *solicitar víveres*, y como no se le concedieran, regresó á bordo: momentos después la corbeta viró por redondo y regresó rumbo á Tlacoápam.

A las doce del día tal parecía que nada había acontecido: las tropas regresaron á sus respectivos acantonamientos, y en la tarde la tranquilidad era completa en todo el Cantón.

Decíase que Maréchal se encontraba á bordo de la cañonera.

XXIV

Fácilmente puede comprenderse, y así lo comprendieron el General en Jefe y todos los jefes, oficiales y tropa, que la *petición de víveres* no fué sino un pretexto, y que aquel paseo

militar era más bien un reconocimiento, ya del río para el paso de sus buques, ya del espíritu de las poblaciones, y de cómo sería recibido el enemigo si intentaba proseguir la ocupación que había iniciado ú otra que en mayor escala intentara.

Desde ese momento, el General García comenzó á tomar sus medidas, aunque de una manera disimulada, para dar un ataque á Tlacotalpam, aprovechando la oportunidad de que, como solía suceder, se encontrara ausente la escuadrilla que lo custodiaba.

Se supo de una manera indudable que una parte de la infantería egipcia había contramarchado á Veracruz, reemplazándola una fuerza de caballería traidora que mandaba un tal Clemente Osorio, antiguo desertor del batallón de Veracruz, donde tenía el grado de sargento 2º; y tan instruido que apenas podía escribir su nombre, firmando *Elemente Ocorio*; y que algunos tlacotalpeños indignos habían hecho causa común con los invasores, quedando señalados con el desprecio de todos sus compatriotas. Un tal Perea, sobre todo, era el principal deturpador de los defensores del territorio nacional. Este majadero, siempre arrastrando un mohoso sable de caballería, se daba todos los aires de un matasiete, y se jactaba de su impudicia y falta de vergüenza públicamente, para comprobar así su entera adhesión á *su majestá*, como él decía.

XXV

Así las cosas, llegó el día 14 de Agosto.

Conforme á órdenes reservadas comunicadas á los jefes de la brigada, Estado Mayor, etc., etc., y al Coronel Gómez, que con la sección de su mando se había incorporado al Cuartel general, en esa misma noche debía celebrarse una Junta de Guerra para discutir el plan de ataque: al efecto, y á fin de que no llamara la atención de las gentes la reunión de aquellos oficiales superiores, las músicas de los cuerpos, situadas

en distintos puntos, deberían dar una serenata que comenzaría á las siete de la noche.

Pero cuando comenzaba á tocar la del batallón "Sierra Juárez," llegó un correo particular de Tlacotalpam, quien, dirigiéndose directamente al General García, puso en sus manos un cañón de pluma, dentro del cual estaba oculto un pequeño mensaje: leyólo el General, y llamó aparte al Capitán X..... y al Secretario de Gobierno, con quienes conferenció por breve espacio.

Y en tanto que las gentes estaban entretenidas con las músicas, y los soldados estaban en sus alojamientos, los ayudantes de Estado Mayor salían aisladamente de la población, siguiéndolos el Coronel Gómez con toda la caballería, y á lo último el mismo General con el personal de la Comandancia y de su Secretaría.

El aviso dado por el antiguo amigo Crespo decía, que en la mañana muy temprano se habían marchado las cañoneras llevándose el resto de los egipcios y á los traidores que habían hecho causa común con el enemigo; y que la caballería se preparaba en esos momentos á abandonar la población.

Tal fué la causa de la sigilosa salida del General García con la caballería: quería llegar, si era posible, á tiempo de impedir el paso del río á la caballería enemiga para hacerla prisionera, lo cual no era fácil, porque aun cuando tenía que marchar hasta el "Esterillo", y estaban los caminos demasiado malos para poder avanzar con rapidez, llevaba algunas horas de ventaja. Sin embargo, el General lo dispuso así, y se intentó la empresa.¹

Una vez fuera de la población, los ayudantes de Estado Mayor se incorporaron al General en Jefe, el Coronel Gómez con la caballería tomó la vanguardia, y una sección de exploradores avanzó un buen trecho para hacer la descubierta. Al

¹ En los primeros días de la ocupación el Jefe principal de esta fuerza hizo proposiciones para pasarse á nuestras filas, pero las exigencias que tuvo hicieron que no fueran admitidas.

llegar á los Amates, los ayudantes se escalonaron con la avanzada hasta llegar al "Puente García," y á la una de la mañana del 15 Tlacotalpam fué reocupado por los republicanos sin disparar un tiro.

XXVI

La lluvia continuaba cayendo poco fuerte pero espesa y fría, y el aspecto de la población era triste y lúgubre, no sólo por el silencio que en ella reinaba, sino porque á través de las hendeduradas de puertas y ventanas se escapaban rayos de tenue luz, denunciando que las familias velaban, pero temerosas: suponían, infundadamente, que las tropas republicanas llegarían sedientas de venganza contra cuantos habían tomado participio, más ó menos directamente en la cosa pública durante la ocupación del enemigo.

No tenían razón.

El General García estaba bien al tanto de quiénes eran los verdaderos culpables; y aun cuando luego que amaneció por completo hizo reducir á prisión á varios individuos, luego fueron puestos en libertad, y la ley sólo cayó inexorable y fría sobre dos desgraciados convictos y confesos de traición á la patria, y los cuales fueron denunciados, aprehendidos y presentados á la primera autoridad por un oficial de la caballería de Tlacotalpam. Aun estos infelices habrían escapado á la dura suerte que les cupo, si su captura hubiera tenido lugar después de pasados los primeros momentos de excitación en que todos se encontraban: fatalmente no fué así, y el General se mostró inexorable. Era en los momentos en que rodeado de multitud de gente del pueblo visitaba los puntos fortificados por el enemigo, y oía el relato que se le hacía de los desmanes cometidos por el invasor, y todo esto influyó poderosamente en su terrible resolución.

A las diez de la mañana el aspecto de la ciudad había cambiado completamente: por doquiera se hacían manifestaciones de contento; y los buenos tlacotalpeños, distinguiéndose so-

bre todo las mujeres, sin distinción de clases ni gerarquías, engalanaban á porfía el frente de sus casas con banderas, cortinas y follaje, que daban el conjunto más vistoso y agraciado.

A las tres de la tarde llegaron las infanterías al mando del Teniente Coronel García Terán, se pasó revista en la calle de la "Ribera," y lanzado á vuelo un repique general en todas las iglesias, el regocijo fué unánime. En la noche las músicas dieron serenata en el jardín de la Plaza de Armas, y la ciudad, iluminada profusamente, respiraba de nuevo el aire de la libertad.

Sólo dos familias lloraban en silencio la orfandad en que habían quedado, debido al castigo que se impuso á sus jefes, hombres del pueblo que cayeron bajo el rigor de la ley.¹

XXVII

Para terminar lo relativo á esta segunda campaña en el territorio costero, referiré en pocas palabras los principales acontecimientos que tuvieron lugar en Tlacotalpam y sus inmediaciones durante la permanencia de un mes y dos días de aquella sección del ejército de ocupación.

Y digo en pocas palabras, porque en efecto, para describir escenas de filibusterismo, bastaría esta sencilla frase: "los que fueron á ocupar la costa como enemigos de la República, se ocuparon más del bandidaje."

Y no de otra manera se puede calificar lo que todo un Jefe del ejército francés, del ejército de Napoleon III, que se proclamaba regenerador del pueblo mexicano, ejerció allí en el cortísimo tiempo que su superioridad por el río le permitió ultrajarlo impunemente, sin poder ser arrojado entonces

¹ Fusilados á las siete de la mañana, los cadáveres fueron colgados de dos árboles á la entrada del "Puente García," y allí permanecieron, con centinela para que nadie los bajara, hasta las seis de la tarde que se permitió á sus familias que los recogieran para velarlos y darles sepultura.

de la manera vergonzosa que lo fué más tarde de todo el país.

Si alguna duda podía abrigarse de que Maréchal pertenecía á la misma escuela de los Forey y de los Dupin, que en China deshonraron el uniforme que vestían, bastaría lo hecho en Tlacotalpam y sus alrededores para aplicarle el mote de *bandolero*.

Esta es la palabra: palabra que no ha perdido su valor á pesar de los muchos años que han transcurrido.

XXVIII

Maréchal, luego que "Conejo" fué incendiado, cuando sus tropas no encontraron allí nada que pudiera satisfacer sus instintos feroces y sanguinarios, ni su ambición de pillaje, retrocedió con una parte de sus gentes á Veracruz, prosiguiendo el resto para Tlacotalpam, al mando del Coronel Lacheaux, á fin de ocuparlo y de establecer allí su centro de operaciones.

El fracaso del "Puente García" le hizo comprender que la ocupación no era tan fácil como lo suponían él y los malos mexicanos que en Veracruz, en Alvarado y en el mismo Tlacotalpam, trataban de *chusmas harapientas* á los defensores de la Independencia Nacional, y de *canalla* que huiría á la sola presencia de un enemigo que siempre que peleó sin ventajas de gran consideración fué derrotado, como en Jaltipam y Cosoleacaque, en la Garrapata y en el Puente García. Maréchal en esta vez fué resuelto á hacer sentir su poder entre gentes indefensas y poblaciones ó rancherías inermes: lleno de odio contra el General en Jefe por la no aceptación de sus injuriosas proposiciones, y contra todos los que no querían someterse al naciente y estúpido Imperio, cuya cabeza principal se llamaba Napoleon III, en Francia, y Bazaine en México, porque el infeliz descendiente de los Hapsburgos era sólo el maniquí consciente de aquellos hombres que jugaban

la suerte de México al éxito de una empresa filibustera que podía poner en alarma á todo el Continente americano, cuando el coloso del Norte estaba dividido por una guerra civil que no le dejaba tiempo para ocuparse de los asuntos continentales.

Omitiré referir actos de salvajismo, como fué el mutilar algunos edificios públicos, entre otros la parte de madera del que servía de teatro, las lápidas conmemorativas del "Puente García," y los muebles del Palacio Municipal; de falta de cultura, convirtiendo en letrinas y mingitorios las casas donde se alojaron, y de incivilidad, persiguiendo á las familias de los que estaban en el campo republicano, ó bien forzando y saqueando las casas de éstos que estaban cerradas: pedir cultura, civilización y nobleza de sentimientos á aquellas hordas africanas, á aquellos presidiarios de allende los mares y á los infidentes, que constituían la guarnición de Tlacotalpam, sería pedir un imposible. Me ocuparé sólo del asunto culminante en que figura como protagonista el Jefe principal.

So pretexto de que en la casa particular del General García estaban depositados el archivo y otros objetos pertenecientes á la Comandancia de la línea, Maréchal, sin respetos ni consideraciones de ninguna clase, y acompañado de su esposa, allanó el hogar de la familia, obligando á la señora de García á buscar refugio en la vecindad, y ya solo, y con los soldados que lo acompañaban, y usando de la fractura y de la violencia, descerrajó roperos, destruyó muebles y cometió actos indignos no ya de un oficial superior, sino de cualquier hombre que se tuviera por medianamente honrado y caballero: su digna consorte secundó sus esfuerzos, y á la salida, al abandonar el hogar profanado, vergüenza causa decirlo, pero aún viven personas que pueden atestiguarlo, llevaban en sus manos el fruto de su robo. Muebles, vajilla, juguetes de tocador, alhajas, y por último, una magnífica y costosa *canastilla* propiedad de la señora del General García, era el botín de guerra que se apropió la de Maréchal, condu-